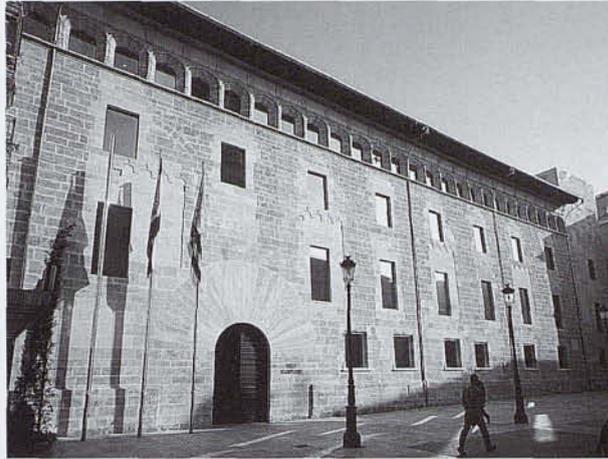


EL PAÍS VALENCIANO Y SU DEBATE CIVIL



© ELOI BONJOCH

CORTES VALENCIANAS

ACTUALMENTE, EL DEBATE POLÍTICO Y EL DEBATE CIVIL SON INTENSOS EN EL PAÍS VALENCIANO. LAS FUERZAS MÁS CONSCIENTES TRATAN DE FOMENTAR EL DIÁLOGO Y DE ARTICULAR UN BLOQUE DE PROGRESO QUE DEFienda LAS POSICIONES CONSEGUIDAS Y AVANCE EN LA NORMALIZACIÓN DE LA CULTURA, LA VERTEBRACIÓN DEL TERRITORIO Y LA ARTICULACIÓN DE LA SOCIEDAD.

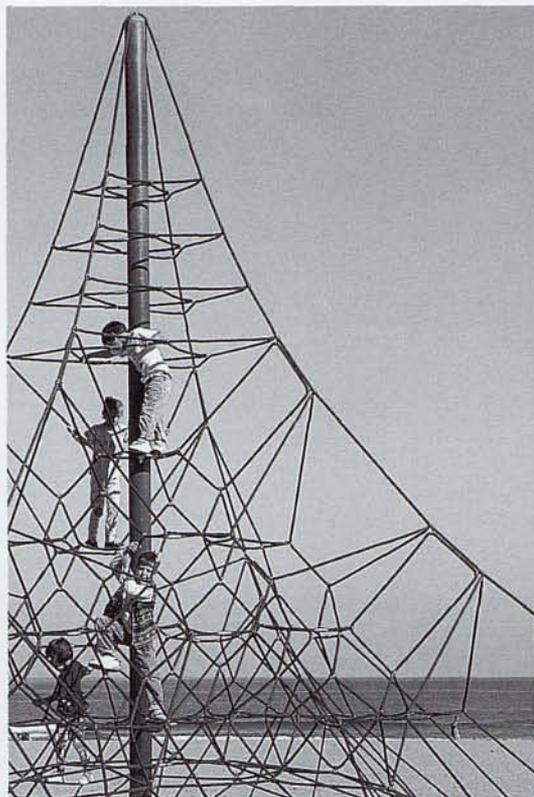
ADOLF BELTRAN PERIODISTA

El pueblo valenciano, a partir de los años sesenta y especialmente durante la democracia, ha realizado un esfuerzo por abrirse un camino de progreso, contra las renuncias que habían marcado su historia y contra las tergiversaciones practicadas por los elementos reaccionarios. Unas instituciones autonómicas, las de la Generalitat Valenciana, gobernadas desde 1982 por el partido socialista, dan cohesión, actualmente, a un país que, dentro del contexto del Estado español centralista, había estado amenazado de disolución durante muchos siglos; por una parte, por la progresiva castellanización cultural, y por otra, por la *provincianización*

(es decir, por la asunción del carácter subalterno de la propia cultura y la propia realidad histórica) y por la *provincianización* (es decir, por la división del territorio en tres provincias administrativas diferenciadas). Por primera vez, la recuperación de nuestra identidad y la reconstrucción de nuestra memoria colectiva no sólo no son ejercicios nostálgicos, sino que constituyen elementos motivadores imprescindibles de un proceso de modernización y de apertura, impulsado por amplios sectores sociales que luchan contra las inercias provincianas. La construcción de la autonomía política, dentro del proceso descentralizador que la recuperación democrática ha

conllevado en España, no ha resuelto, ni mucho menos, los problemas que tiene planteados el País Valenciano, pero ha formado la base de algunos de los instrumentos que deben hacer posibles las soluciones. Para los valencianos, ha llegado el momento de vencer la trampa del victimismo y de buscar una oportunidad.

El valenciano es un pueblo complejo y contradictorio, pero no necesariamente acomplexado ni imposible. Si las mismas dualidades que constituyen el país (comarcas castellanohablantes y comarcas catalanohablantes; zona de predominio industrial y de dinamismo comercial y de servicios en la franja lito-



© ELOI BONJOCH

ral, mientras que en el interior, mucho más despoblado, pervive una estructura básicamente agraria; etc.) condicionan una identidad colectiva siempre inestable, y si el duro conflicto civil a propósito de la vinculación con Cataluña (entre los sectores que promueven la lengua catalana y los que defienden virulentamente el secesionismo lingüístico con el argumento de que el valenciano es un idioma diferenciado) hipoteca cualquier empresa de futuro, existen, en cambio, un vigoroso movimiento de recuperación cultural (con la dignificación de la lengua propia y la promoción efectiva de su uso social como núcleo central) y una serie de sectores claramente vinculados a los procesos de modernización económica y civil, que protagonizan las expectativas de la sociedad.

Puede decirse que el País Valenciano busca el papel que le corresponde, por dinamismo económico y social, en el marco democrático español y en el eje mediterráneo europeo, al mismo tiempo que trata de resolver las asignaturas pendientes, la más importante de las cuales es la imposibilidad de alcanzar un consenso mínimo entre los sectores progresistas y los sectores conservado-

res, en aspectos básicos de la identidad colectiva, como la lengua. Izquierda y derecha —caracterizando de manera muy general los dos ámbitos enfrentados— defienden proyectos de país radicalmente distintos. Así, mientras unos apuestan por la normalización del valenciano (que consideran, como todas las instancias científicas y universitarias, una variante de la común lengua catalana), los otros se encastillan en la consideración de la lengua autóctona como un hecho al margen de la historia cultural catalana, desde una concepción folclórica y una ideología sucursalista. Por esa razón, los valencianos no podemos permitirnos el conformismo. El compromiso con la realidad del país, quizás en mayor grado que en otras colectividades, implica un ejercicio de racionalidad activa, un impulso constructivo y unitario para desterrar la confusión y el dogmatismo.

Los instrumentos del debate democrático y la suma de energías civiles son, quizás, más necesarios que nunca, no sólo para defender, una vez más, la lengua y la cultura contra las maniobras de quienes quieren reducirlas a tópicos caseros y manipularlas en beneficio propio, sino para hacer frente a las amena-

zas de aislar la sociedad en un pozo regional de satisfecha ignorancia.

El trabajo para profundizar el autogobierno, para conseguir más libertad y solidaridad, el deseo de ver la propia lengua viva en la sociedad y activa en los ámbitos más avanzados y competitivos, la esperanza de construir un país con historia, que no niegue la crítica ni la discrepancia, y la necesidad de desempeñar un papel en la Europa de este fin de siglo, empujan a los valencianos y a las valencianas que comparten, desde la pluralidad, un proyecto civil de normalización, a buscar la colaboración entre partidos, organizaciones sociales y colectivos de todo tipo, en un momento en el que las posibilidades reales de una victoria de la derecha en las elecciones autonómicas previstas para el próximo mes de mayo, implican una amenaza de involución en muchos de estos aspectos. El debate político y el debate civil son intensos, en estos momentos, en el País Valenciano, y no es casual que las fuerzas más conscientes traten de fomentar un diálogo capaz de articular un bloque de progreso que defienda las posiciones y avance en la normalización de la cultura, la vertebración del territorio y la articulación de la sociedad. ■